

AUGURIOS Y GREGUERIAS

LA JORNADA DE UN DIA

No está bien explicado en el título lo que es esta jornada que veo establecida en el porvenir, pero los títulos tienen que ser cortos, y si con los artículos detrás de los títulos es porque los títulos van detrás de los artículos serán muy cortos los artículos y muy largos los títulos.

La jornada de un día será una sola jornada de ocho horas a la semana.

No se trabajará más que ese día, pero que ingenio no se desperdiciará en ese único día de trabajo!

Todas las máquinas estarán dispuestas desde por la mañana, apuntando a la eficacia, y estará bien escrito el objeto de cada botón en la ristra de bolones de hueso que tiene la pechera de cobre bruñido.

Los obreros, afijados en ese día único, sembrarán largas vainas de semillas en el surco recto y kilométrica y volverán la tierra como embazo de las semillas, dejándolas arropadas hasta el otro día fértil del trabajo.

En ese día único todos los papeles de la semana serán clasificados y se acabará lo que han avanzado los negocios, y todas las máquinas calculadoras se dedicarán a cálculos clarividentes.

Las ventanillas no se cerrarán en todo el día y las colas de los que van a ingresar o a cobrar serán despachadas en rápida gestión.

No habrá "vuelta usted mañana" en ninguna oficina, y todo será tirar de las tablas clasificatorias y despejar largos miles de papeletas.

En el día único las automóviles de la fábrica del automóvil único serán manufacturados por completo, creados en el juego, enfriados, acharnelados, enristalados, pintados, probados en las playas de cemento, puestos a disposición de los compradores en turno.

El día único complicará los tendones y tendáculos del hombre, sintetizará todos los esfuerzos, dispondrá en obediencia voluntaria a todos los hombres.

Nada de decir "Esto no es de mi in-

Por RAMON GOMEZ DE LA SERNA

(Para LA NACION) MADRID, diciembre de 1925

combenencia" ni "Ahora no", sino que todos harán el recado a los otros y colaborarán con ellos como sólo sucede en los bancos actuales en el último minuto de la última hora de trabajo, cuando un retraso de uno solo les retrasaría a todos.

LA VALLA DE VIENTO

No sabremos nada de la futura guerra hasta que estalle. Ahora se guardan en los gabinetes secretos de los ministerios de Guerra los procedimientos que sólo serán exhibidos el nuevo día de la refriega.

A veces se nota en las cancellerías una sonrisa de satisfacción que significa que han recibido la confidencia de un nuevo aparato formidable.

¿Qué importa que los submarinos se perfeccionen si ya hay una red autónoma contra los submarinos que los cazarán en las extensas playas sumergidas?

¿Qué importa que los gases asfixiantes prosperen y atomicen las substancias pesadas en sus olas si hay un invento extralagónico que los utilice en contra de aquellos que los lanzan?

Quizá será inventada una valla de viento poderosa que devolverá los gases deletéreos e infiltrantes contra el campo de aquellos que lo han inventado, y así, en vez de criminales, serán suicidas, pudiéndose dar el caso de que el ejército lanzador de la polvareda venenosa muera súbitamente suicidado.

Pero, ¡quién sabe!, es posible que esa próxima guerra no se verifique porque las mismas multitudes la eviten y tengan también su estrategia contra los estrategemas de la guerra.

Yo veo a la multitud en rebeldía el día de la nueva guerra dirigirse a los puestos distribuidores de gasolina y apoderándose de ellos comenzar a vaciarlos, utilizándolos como mangos de riego para impregnar de gasolina los edificios de la ciudad y poder promover con más eficacia el incendio de la ciudad culpable.

¿Qué podrán todos los preparativos contra ese raciocinio de inflamación a los ministerios llenos de proyectos y de declaraciones?

De todas las esquinas y de los aparatos abrevadores para la velocidad brotarán los rayos de exterminio, los bautismos de fuego, los flecos para las llamas.

EL TRAJE FUTURO

Es curioso ver inventar a todos los novelistas que presagian el porvenir cuál ha de ser el traje futuro. Según unos, todos los seres irán vestidos con un completo de mecánicos y, según otros, la humanidad volverá a ir desnuda. ¡Cómo anticuarán esas novelas tales presagios de la indumentaria!

No podemos imaginarnos ni esa humanidad vestida con trajes demasiado monótonos ni tampoco a una humanidad desnuda que no cuente con los climas invariables y duros.

En ese afán de paganismo y sinceridad que podrá llenar el porvenir hay que imaginarse a una humanidad vestida con trajes de cristal transparente, de un celuloide o talco fino, blando, plegable, pañoso.

Esa futura humanidad saludable, perfeccionada, eugénica podrá transparentarse a través de esos trajes de cristales de seda, pero irá abrigada y vestida con ellos.

En ese momento futuro del abrigo transparente y de la moda invisible y desvanecida no se comprenderá cómo en otros tiempos unos trajes opacos y pesados pudieron encubrir con avaricia el regalo espléndido de la belleza.

Ese traje, más abrigante que una trinchera de tres telas, podrá hacer posible el ideal de aquel absurdo evidente que preconizaba que en los museos del porvenir entraría el público completamente desnudo, sin tener en cuenta que eso no podía suceder en nuestros climas helados y pulmoniacos.

GREGUERIAS

En cada ola del mar parece que se derrumba toda la sal del mundo.

Uno de las cosas más tristes de los trenes es que las ventanillas de la derecha no podrán ser nunca las ventanillas de la izquierda.

Cuando aparecen los camareros con la torta de dulce en alto se ve que celebran con gran énfasis el entierro del dulce.

Los viñedos aprietan los racimos contra su verde pecha, como ocultando pudorosamente sus senos.

Al desflearse algunas nubes dejan corronas para el que no fué coronado nunca.

Hay palabras a las que siempre parecen faltarles letras, como, por ejemplo, "realización", que resulta escasa para tanta rotundidad. Debíu tener al principio dos "erres" por lo menos.

¿No os habéis fijado que el llanto de los niños viene de lo remoto y parece como rezume de los depósitos de llanto que hay en los glaciares del trasmundio? ¿Cómo iban a saber llorar tan pronto si no fuera por eso? Kennadun llantos prehistóricos.

Esos hombres que pasan en la madrugada de los pueblos marineros, con un remo largo al hombro, parecen llevar una pala de horno, con la que sacarán besugos en vez de panes.

Las planchas parecen un zapato ortopédico de las manos... Hay que inventar, otro aparato para que planchen las mujeres bellas.

Al ver en el mar nocturno las luces de las bucas que pescan he pensado si las estrellas serán luces de bucas que se dedican a pescar almas, pequeñas anguillas temblantes e inefables.

Yokim estaba algo decepcionado, pero no tuvo el valor de confesarse que, en sus sueños, la poetisa Leila era más hermosa.

Las noches de Yokim fueron más animadas que las de Badue, pero sus días resultaron igualmente desgraciados. En primer lugar, se le prohibió admirar a Valmiki y Rabindranath Tagore. Debía alabar sin paz ni tregua el genio de Leila y el de su padre. Veinte veces entre el amanecer y la puesta del sol se ponía en evidencia lo indigno que era él de tener por esposa a una poetisa insigne, hija del bardo más ilustre del siglo.

Yokim estaba abrumadísimo, en un hogar tan desordenado que le costaba un triunfo dar con sus turbantes; debía resignarse a llevar rota la ropa y a comer mal; en los trances de inspiración, Leila desdeñaba las vulgares preocupaciones de limpieza de casa.

La poetisa opinaba también que el genio otorga derechos, entre los cuales el primero es la pasión. Yokim no tardó en ser el marido más desdichado de la India. Día por día aumentaba su melancolía. Al fin no pudo más: estuvo harto de malas comidas, de ser puesto en ridículo en las revistas, de admirar los poemas amorosos de la joven y ardorosa Leila y de ser yerno del más famoso poeta del siglo. Lo hallaron en el fondo de un pozo, en cuya orilla había dejado sus sandalias envueltas en un pergamino sobre el cual escribió el siguiente consejo: "No os caséis con una literata!"

En cuanto al agraciado con el tercer premio del concurso fué un pobre pescador que salvó a varias personas, arriesgando su propia vida. Cuando supo que, exceptuándose a Gandur y Leila, podía elegir entre todas las muchachas del país la que más le agradase, Sakatlava perdió el habla, tan emocionado y estupefacto estuvo. Sin embargo, como le rogaban se apresurase a escoger, exclamó:

—Quiero casarme con la hija de Zacari!

didamente. Mi propio padre, tu abuelo, se dedicaba a la compraventa de trastos viejos, y su tienda olía más mal aun que las redes de Sakatlava. Acepta a este esposo: le harás tomar unos cuantos baños y no tardará en compartir tus gustos refinados.

Rebeca bajó aparentemente sumisa la cabeza, pero juró hacer pagar caro al pescador su atrevimiento.

Al ver por primera vez a Sakatlava, le mostró sus uñas artísticamente pulidas y más brillantes que el onix. Le pidió hiciera limpiar y pulir las suyas, señalándole, además, diversos detalles indispensables al aseo y a la higiene.

—¿A qué tantas historias?—protestó Sakatlava. Soy un héroe y me he llevado el tercer premio en el concurso.

—Me alegro grandemente de la esposa de un héroe—repuso Rebeca,—pero lo cortés no quita lo valiente: vaya usted primero donde la manieira. ¿Acaso no es usted riquísimo? Debe adoptar el modo de vivir de los que gozan de gran fortuna.

Sakatlava cayó en manos de los que se dedican a embellecer a hombres y mujeres. Lo llevaron a los baños turcos, conoció los masajes, las duchas. Un dentista operó larga y dolorosamente en su boca. Lo examinaron los médicos, que resolvieron operarlo de la garganta y de apendicitis.

—Estoy perfectamente sano—decía Sakatlava,—pero Rebeca obligaba que los ricos acostumbran someterse al diagnóstico de los cirujanos.

Después de haber sufrido que le tijejerse en la garganta y vísceras, Sakatlava se sintió algo fatigado. Rebeca entonces le demostró que para estar a la altura de su posición social no debía ignorar deporte ni baile alguno. Dedicóse Sakatlava a aprenderlos, pero, apenas lograba bailar un paso, cambiaba la moda y era preciso aprender otro. Le dieron pelotas que debía lanzar y recibir con raquetas, unos palos raros con los cuales corría por el campo, empujando unas pelotas hacia agujeros. Esos ejercicios resultaban tanto más fatigosos cuanto que era preciso cambiar de traje para cada uno de ellos. A pesar de tener dos criados, lo que más molestaba a Sakatlava era mudar de ropa cinco o seis veces diarias.

Tuvo también que cazar, montar a caballo, manejar automóviles, juzgar unos juegos de naipes que le rompían la cabeza, escuchar durante horas, en un sitio llamado ópera, cantores que proferían palabras incomprensibles al compás de una música tan atronadora que era imposible quedarse dormido.

Sakatlava estaba por pensar que la vida sería, sin embargo, vivible a pesar de los entretenimientos, cuando

—Divertirse no es todo: un hombre muy rico debe entender de negocios y ser hábil en manejar el dinero, bajo pena de verse muy luego arruinado.

El pescador debió entonces iniciarse en todos los misterios del oro, hacer cuentas, estudiar balances, ir a la bolsa, estar al corriente de las infinitas operaciones bancarias y hablar su idioma peculiar, prever la baja o el alza del cobre, enterarse de los cursos del trigo en Calcuta y de la seda en Hong-Kong. Después de unas semanas, sus nervios estaban agotados, su cerebro estallaba.

Recordó entonces que era mucho más dichoso cuando, libre, descalzo, vistiendo un simple calzoncillo desteñido, se recalentaba al sol recostado en las losas del puerto, y cuando jugaba a los dados con sus compañeros después de vender sus pescados. Necesitaba parecieron las obligaciones de la fortuna, y desoó volver a ser un pobre pescador.

Este era el momento que esperaba Rebeca. Le dió unas cuantas rupias, que lo llenaron de contento, y renunció sin pensar a castillos, carruajes, criados, entretenimientos, higiene. Pues es tan difícil vivir como los ricos cuando se ha estado acostumbrado a pobre, como acostumbrarse a pobre cuando siempre se ha sido rico.

Tal fué la suerte del tercer premio del concurso instituido por el príncipe Tanore. En cuanto al cuarto, era un labrador cuya fidelidad a la vida campesite, a las antiguas costumbres, eran ejemplares. Invitado a elegir una esposa entre todas las doncellas del Reino, Rahadit contestó sencillamente:

—Mi compañera será Rahadita, mi prometida desde la niñez.

Rahadita era campesina como Rahadit, semejante eran sus costumbres, sus principios, su posición. Fueron, pues, perfectamente dichosos y sólo la muerte los pudo separar.

Sin embargo, el príncipe Tanore supo que Badue había fugado del palacio. Pidió al ministro Samar un informe sobre el resultado de las premias a la virtud. Tuvo así conocimiento del fin desgraciado de Yokim, del divorcio de Sakatlava y Rebeca y de la felicidad sin nubes de Rahadita y Rahadit. Samar guardóse esta vez de hacer notar: "Bien lo había dicho yo..." Y en la próxima sesión del Consejo, Tanore resolvió la supresión de la costumbre Samnita en el Reino de la India.